

1988 no fue el Final del Cardenismo

Cuauhtémoc, Posibilidad y Riesgo

- ★ Búsqueda del Poder sin Concesiones, de Frente
- ★ Lenta Maduración de la Cultura Cívica Mexicana
- ★ Humillación Cotidiana, el Monopolio del PRI

LORENZO MEYER

Cuauhtémoc Cárdenas es, de nuevo, candidato a la Presidencia. El hecho rompe precedentes, abre posibilidades, entraña riesgos y exige definiciones.

A contrapelo de su tradición y de la voluntad gubernamental, México está dándose un verdadero sistema de partidos. Primero fue el PAN, ahora es el PRD. Lo único que falta para completarlo es que el

SIGUE EN LA PAGINA VEINTINUEVE

Cuauhtémoc, Posibilidad y Riesgo

Sigue de la primer plana

PRI deje de ser partido de Estado. Entonces y sólo entonces, las elecciones mexicanas podrán ser, a la vez, competidas y creíbles; entonces y sólo entonces, la modernidad política y México se habrán encontrado.

El PRD y su liderazgo han sobrevivido la larga marcha que les llevó de un fin de sexenio a otro en un ambiente hostil. Esa supervivencia los ha templado como ninguna otra cosa lo hubiera podido hacer, y es por eso que hoy la sociedad mexicana cuenta con una opción de centro izquierda. Sin ella, el espectro político seguiría volcado a la derecha, sin una auténtica pluralidad.

No hace mucho, un observador señaló que en nuestro país el poder lo habían alcanzado sólo aquellos que habían mostrado una obsesión por alcanzarlo, sin importarles los medios ni las concesiones que tuvieran que hacer. Desde esta perspectiva, que Cuauhtémoc Cárdenas y su grupo se hubieran negado a hacer concesiones y hubieran mantenido una oposición sin cuarteaduras, intransigente, significaba que carecían de una auténtica voluntad de poder, que querían ser eternamente oposición. En mi opinión, los hechos están señalando que Cárdenas, el PRD y el cardenismo, sí están seriamente comprometidos en la disputa por el poder, pero que lo buscan por un camino inédito y contrastante con el de la otra oposición, la del PAN. Lo buscan de frente, sin concesiones.

Con un telón de fondo que pasó del medio millar de personas de 1987 al lleno total y entusiasta que desbordó el Palacio de los Deportes el domingo pasado, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas logró derribar

una de las grandes murallas que defienden al sistema presidencial autoritario. La muralla derribada es aquella que servía de defensa a una regla no escrita pero hasta entonces nunca rota y que decía: no podrá sobrevivir políticamente ningún miembro disidente de la élite política que hubiera puesto en duda el derecho del Presidente, Caudillo o "Jefe Máximo", a imponer a su candidato a la presidencia.

Hasta antes de Cuauhtémoc Cárdenas, el precio de contrariar el supuesto derecho del líder de la "familia revolucionaria" a nombrar Presidente era, por lo menos, la muerte política y, en ciertos casos, la física. Desde 1923, Cárdenas es el primero de los que han lanzado el guante al presidencialismo desde dentro del sistema, que ha logrado sobrevivir para lanzar el segundo. Y esa supervivencia se debe no a que la regla haya perdido vigencia, sino a la tenacidad personal del retador y su grupo, al mayor apoyo y protección que la compleja sociedad mexicana actual ofrece a quien desafía al "Supremo Gobierno" y, finalmente, a que el entorno internacional de hoy, quita legitimidad a quienes abiertamente entorpecen el juego democrático.

La caída de una muralla no quiere decir que la fortaleza autoritaria esté ahora indefensa: le circunda aún otra muralla más impresionante, y que el ingeniero Cárdenas deberá intentar derribar de aquí a 10 meses. Esta segunda muralla tiene un espesor tan profundo como la historia misma del autoritarismo mexicano, y la corona este lema: el poder, aunque se pierda en las urnas, no se entrega. En efecto, nunca, en la historia de nuestro país, un partido opositor ha logrado que se

le entregue el poder por el simple hecho de que lo hubiera ganado en el campo de los votos. Sin embargo, eso es justamente lo que el ingeniero Cárdenas se propone. La empresa es extraordinariamente difícil aunque no absolutamente imposible.

Si el candidato del PRD o del PAN lograra ganar la mayoría del voto el próximo agosto y, lo que es aún más difícil, convencer al gobierno de que la salida más apropiada es que se reconociera ese triunfo, entonces se estaría abriendo un capítulo totalmente nuevo en la historia política del país. La alternancia en el poder cambiaría completamente la naturaleza de las sociedades política y civil mexicanas y, desde luego, cambiaría el régimen. Pero para valorar las posibilidades y significado de ese posible cambio, es útil tratar de entender la magnitud del cambio que ya han introducido en las reglas del viejo sistema, Cuauhtémoc Cárdenas, el PRD y esa parte de la sociedad en que se apoyan y les apoya.

Desde el arranque de su proceso de institucionalización, en 1917, el líder de la élite revolucionaria —Caudillo, "Jefe Máximo" o Presidente— se adjudicó el derecho de nombrar al Presidente entrante, y no toleró que nada ni nadie se lo disputara. Para contrariar esa voluntad de Carranza, fue necesario matarlo. En 1923, el general Obregón destruyó con las armas las esperanzas y la fortuna de su antiguo camarada, Adolfo de la Huerta, cuando a éste se le ocurrió no acatar la decisión de Obregón de legar la presidencia a Calles. Poco después, otros distinguidos ex obregonistas, los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco Serrano, pagaron con sus vidas la osadía

de oponerse a los planes del gran caudillo sonorense para ser, él mismo, quien sucediera a Calles. En 1929 José Vasconcelos, el intelectual y hombre de acción, creyó que armado de autoridad moral y discurso democrático podía desafiar con éxito a un Calles armado de dinero, hierro y apoyo diplomático, y decidido a encargar la presidencia al oscuro pero dócil Pascual Ortiz Rubio. Fue el de Vasconcelos un gesto tan gallardo como inútil: la represión y el fraude acabaron con el proyecto democrático del "maestro de América" y, en cierto sentido, con el maestro mismo.

Diez años más tarde, como candidato opositor, el general Juan Andrew Almazán —el estudiante de medicina convertido sucesivamente en maderista, zapatista, huertista, obregonista, callista, contratista y cardenista—, fue un reto más serio para el Presidente Cárdenas de lo que Vasconcelos había sido para Calles. Pero en 1940 la voluntad presidencial se volvió a imponer, aunque para ello hubiera sido necesario usar a personajes y métodos tan siniestros como los encarnados por Gonzalo N. Santos. Los seguidores de Almazán terminaron por abandonarlo cuando decidió exiliarse para salvar, y aumentar, su patrimonio a cambio de olvidar su compromiso con la lucha contra el fraude y la imposición.

El reto en 1946 de Ezequiel Padilla —el canciller que forjara la primera alianza formal entre México y Estados Unidos al calor de la Segunda Guerra— a la voluntad del Presidente Avila Camacho, no tuvo la magnitud del anterior. Quizá por ello, la benevolencia presidencial le permitió a Padilla ser derrotado con honor en las



ANDREA BARCENA, directora del Centro Mexicano para los Derechos de la Infancia; **Cuauhtémoc Cárdenas**, candidato presidencial del PRD, y el periodista **Alfonso Maya**, durante la entrega de premios periodísticos a trabajos relativos a la infancia mexicana, ayer en la Asociación de Corresponsales Extranjeros. (Foto de Benjamín Chaires)

urnas —las cifras oficiales le dieron un crecible 19% que contrastó con el increíble 5.7% de Almazán. Sin embargo, nada quedó finalmente del padillismo ni de su Partido Democrático Mexicano; años más tarde, Padilla aceptó de manos de Díaz Ordaz una senaduría y retornó así al seno del presidencialismo y sus reglas.

El año de 1952 vio el surgimiento de otro nuevo reto a la voluntad presidencial: el del general Miguel Henríquez Guzmán. El 15.9% de la votación total que se le reconoció a la coalición henriquista, hace suponer que en realidad debió tener un apoyo masivo en las urnas. Eso fue precisamente lo que debieron suponer sus seguidores, cuyas protestas contra el fraude fueron reprimi-

SIGUE EN LA PAG. TREINTA Y DOS

Cuauhtémoc, Posibilidad y Riesgo

Sigue de la página veintinueve

das violentamente. El intento postelectoral por mantener con vida al henriquismo y a la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano, fue visto como un reto insoportable por el Presidente Adolfo Ruiz Cortines, que canceló el registro del FPPM y lo obligó a disolverse. El general Henríquez entendió el mensaje, y ya no intentó nada más. En 1971 aceptó recibir de manos de Luis Echeverría la "medalla de la lealtad"; el sistema no le perdonó ni la burla.

Esta cadena de fracasos a los intentos desde dentro de desafiar el supuesto derecho presidencial a nombrar a su sucesor, pudo haber ganado un eslabón más en 1988. Si finalmente no fue ese el caso, se debió a las tres circunstancias mencionadas: al liderazgo opositor, a los cambios de la sociedad mexicana y a la naturaleza del entorno internacional posterior a la guerra fría.

La determinación del ingeniero Cárdenas de no cejar en su empeño de sostener el compromiso adquirido con sus seguidores y votantes de hace cinco años es, por decirlo de al-

guna manera, sorprendente. No ha debido de ser fácil para él y los suyos, sobreponerse a la frustración, sensación de impotencia y desaliento que propician hechos como la "caída del sistema" en julio de 1988 y sus secuelas, las turbias elecciones de Michoacán, Guerrero o San Luis Potosí, la incesante campaña de desprestigio, la violencia contra los seguidores que ha cobrado ya más de un par de centenares de vidas, la cerrazón de los medios masivos de información, las deserciones, el apoyo del gran dinero al PRI, los infinitos problemas de crear un partido de oposición en un sistema de partido de Estado, la doble vara de medir de los gobiernos y la opinión extranjeros, la crisis general de la izquierda, etcétera. Pese a todo lo anterior y a más, el domingo pasado el ingeniero Cárdenas apareció como un candidato creíble, con un discurso constructivo y con seguidores, con muchos seguidores. Ni duda que Cuauhtémoc Cárdenas se ha ganado a pulso su derecho a ser considerado un actor central en la gran disputa por la presidencia

y la nación que se dará en 1994.

El que 1988 no haya sido el final de cardenismo se debe no sólo al tesón de Cárdenas, el PRD y los cardenistas, sino también al cambio, la maduración, lenta pero sostenida, de la cultura cívica de la sociedad mexicana. Con el paso del tiempo, con la extensión de la educación formal, la urbanización, la mayor comunicación y la modernización de la estructura económica, hay en México cada vez más ciudadanos y menos súbditos. Para esos ciudadanos, el sistema de más de medio siglo de monopolio ininterrumpido del PRI, con su obvia e inevitable secuela de corrupción, arbitrariedades e ineficiencias, es una afrenta, una humillación cotidiana. La presencia de Cárdenas y el PRD, así como la del PAN, le ofrecen hoy al mexicano inconforme, la posibilidad de transitar de la frustración, resignación y pasividad propiciadas por el autoritarismo, a la de actor—votante, simpatizante, militante—, a la de ciudadano.

Finalmente, el entorno internacional empieza a ju-

gar en favor de la pluralidad y los esfuerzos democráticos de la sociedad mexicana. En 1988 aún existía la Unión Soviética y, por tanto, aún funcionaban las inercias anticomunistas que afectaron a la coalición cardenista y que permitieron que gobiernos y prensa extranjeros se hicieran de la vista gorda frente al fraude. Hoy, sin el velo anticomunista, el autoritarismo mexicano se ve cada más como lo que es: un dinosaurio solitario, al que no vale la pena mantenerle artificialmente la vida pretendiendo que es una democracia.

En resumen, ha caído una de las defensas del autoritarismo mexicano al consolidarse, muy a su pesar, la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas. Con el PAN y el PRD el votante tiene ya opciones democráticas. Ahora viene algo más difícil: obligar al sistema a contar honestamente los votos. Pero esa lucha ya no es responsabilidad únicamente, ni siquiera principalmente, de los líderes de oposición y sus partidos, sino de un grupo mayor: de todos los mexicanos que aspiren a titularse de ciudadanos.